

FERNANDO ARAMBURU, *Patria*, Barcelona, Tusquets (col. Andanzas, 888), 2016, 646 págs.

De cuando en cuando, como un ritornelo cansino, sale a la palestra la dichosa “crisis de la novela” española contemporánea. Sin embargo, sería estúpido no admitir que, si bien es innegable que entre los centenares de títulos que se publican cada año hay muchos prescindibles —aunque, como diría Cervantes citando a Plinio, algo bueno tiene también el libro malo—, con feliz puntualidad también aparecen novelas espléndidas para goce del lector más exigente. No es menos destacable que algunas de esas novelas imprescindibles además encaran retos fascinantes para el devenir de la novela actual, para la renovación del género. Nos referimos, claro está, a los títulos que, con asombrosa eficacia, indagan territorios novedosos como los que afectan a la relación de la realidad y la ficción, a la función de la voz narradora frente al autor, o al componente autobiográfico, como cañamazo del relato. En ese alto nivel de exigencia, por el que transitan autores como Marsé, Cercas o Landero, por poner solo ejemplos indiscutibles, se ha colado como un turbión la última novela de Fernando Aramburu, *Patria*. Ciertamente Aramburu era ya un autor de referencia desde sus primeros libros, como la crítica atenta y sus fidelísimos lectores proclaman desde finales del siglo pasado. Quien conozca la narrativa de Aramburu, narrativa espléndida, coherente, variada y rigurosa, convendrá en que pertenece a una vasta e insigne tradición que tiene en Cervantes su santo y seña. Desde su memorable *Fuegos con limón* (1996) hasta la “trilogía de Antíbula”, en la que brilla la excelente novela *Los ojos vacíos* (2000), o su novela *El trompetista del Utopía* (2003), que lo colocó definitivamente en el centro de la nueva narrativa del presente siglo; o bien desde su deliciosa novela *Viaje con Clara por Alemania* (2010); o su divertidísima y cáustica novela *Ávidas pretensiones* (2014), donde el narrador ajusta cuentas (es inevitable no recordar al Cervantes del *Viaje del Parnaso*) con el mundo poético contemporáneo; hasta sus imprescindibles volúmenes de cuentos, entre los que destaca *El vigilante del fiordo* (2011), en el que se incluye un texto conmovedor, “Carne rota”, sobre el atentado del 11 M (texto construido con historias entrelazadas en su desolado dolor, historias que quiérase o no conectan con *Patria*); o hasta esa novela sobre el novelar que es *Años lentos* (2012), que se complementa con la reciente *Las letras*

entornadas (2015), lúcido desdoblamiento en el que se devanan (en la senda antiquísima del contador de cuentos) los afanes del narrar, Aramburu ha construido una obra sobresaliente e imprescindible, a la que *Patria* ha venido a incorporarse como una soberbia cima que marcará un hito en la narrativa española del presente siglo.

En un artículo excelente titulado “Escribir en la Europa de Hoy”, publicado en *El Cultural* el 8 de enero de 2004, declaraba Aramburu, como un europeo confeso y libre:

En lo que respecta a mi tarea de escritor, la idea de lo europeo comienza en el mismo instante en que me siento a la mesa a escribir y me doy cuenta de que no tengo que trabajar con las manos atadas. Cuando escribo no me vigila, como a los escritores españoles de antaño, un censor por encima del hombro ni tampoco estoy obligado a exiliarme para escribir lo que me dicta la conciencia. No siento hoy por hoy mayor limitación que la falta de inspiración o la carencia de talento. Pocas veces en la historia de mi país han podido los escritores y los artistas afirmar tal cosa. Una triste excepción la constituye el País Vasco, donde los profesionales del asesinato se afanan por restringir el derecho de opinión de un sector de la ciudadanía. Cerca de tres mil personas, entre ellas algunos profesores de universidad y periodistas, no pueden salir a la calle sin escolta que los proteja de la acción criminal de ETA y sus secuaces. Los afectados son en todos los casos personas de talante democrático que tienen la valentía de decir en público lo que piensan.

La libertad es un bien frágil. Yo la siento como algo físico, palpable; como algo sobre cuya existencia real no abrigo duda alguna, de la misma manera que en un momento determinado tampoco dudo de si a mi alrededor hace calor o frío. La libertad que yo disfruto por el hecho de ejercer mi oficio en Europa no se define con palabras altisonantes ni cantando a coro ningún himno nacional. Es la libertad que no precisa de arsenales. Es la libertad que baja hasta los individuos concretos, que está en sus casas, en sus vidas diarias, estimulándolos para que se desarrollen plenamente y para que, si les parece oportuno, levanten la voz contra la intolerancia y la injusticia.

Esta larga cita define muy bien el talante ético y artístico de Aramburu, y nos regala unas brasas íntimas sobre las que se ha cocido *Patria*, una novela que habla de la libertad, de la libertad con mayúsculas.

Porque Aramburu ha escrito una novela íntima, desde el conocimiento cabal del busilis que alienta su historia, lo que le

permite coser una historia verosímil e imponente sobre el terrorismo en el País Vasco, sobre la herida y las cicatrices que ese terrorismo han producido en el centro mismo del pueblo vasco al que pretendía liberar. La actualidad del tema es indudable, no sólo porque en la prensa periódica sigan apareciendo noticias sobre ETA, sino fundamentalmente porque la vigencia del dolor de las víctimas no tiene fin, aunque pasen los años, y porque en Euskalerría la dispersión en las cárceles de los presos por terrorismo es un conflicto bien visible. Sólo por la valentía de hablar de lo que habla y por cómo habla de ello la novela de Aramburu merecería la consideración más alta; pero resulta que además es una novela excelentemente escrita, que no claudica de las señas de identidad de su autor, y que consigue transmitir al lector una emoción a raudales que también se apoya en una fábrica narrativa de fuste. *Patria* es un novelón de casi 650 páginas dividido en 125 capítulos, que sincopan acertadamente la lectura como en una suerte de jadeo cada vez más acelerado, que nos hace sentir el tiempo y el encaje de los hechos acaecidos en él de una manera singular. La estructura dinámica de la novela, con la citada división en capítulos, ayuda eficazmente a la inteligente construcción temporal del relato. Este se centra básicamente en dos familias vascas íntimamente unidas en un principio y terriblemente separadas tras el asesinato por ETA del cabeza de familia de una de ellas. El autor nos cuenta la historia jugando con el tiempo, hacia adelante y hacia atrás, de ahí que el tiempo roto, agónico, con avances y retrocesos, colabore sutilmente al tema central de la historia. A manera de un complejo puzzle, los distintos rostros, los varios recovecos de la historia (nunca lineal ni unívoca), con puntos de vista enfrentados, nos muestran una esclarecedora mirada prismática sobre un mismo hecho. Y aquí radica una de las claves de la novela: el tratamiento del tiempo, la multiplicidad de la historia y la compaginación de voces y puntos de vista sobre la realidad y los hechos narrados. Por ello el breve título, esa palabra bisílaba rotunda y emblemática en nuestro imaginario, “patria”, cohesiona y une la ruptura ineluctable de una sociedad obcecada precisamente en la pureza de su identidad única. Aramburu, que toma partido, como aclaraba ya la cita de su texto “Escribir en la Europa de hoy”, nos da las claves para entender la complejidad de esa patria vasca, y lo hace paradójicamente con una sencillez rotunda, directa, sin ambages. En el cap. 74, titulado “Movimiento de Liberación Personal”, leemos en boca de Arantxa –personaje

magistralmente construido- dirigiéndose a su hermano Gorka: “Mientras escribas para niños, te dejarán tranquilo. Pero ay de ti, chaval, como te metas en líos de la tierra. En todo caso, si te da por escribir para mayores, pon tus historias lejos de Euskadi. En África o América, como hacen otros” (pág. 359). No es baladí advertir que Aramburu se ha metido “en líos de la tierra” siendo un escritor vasco emigrado en Alemania.

Estilísticamente la novela acierta al emplear una voz narradora incisiva, camaleónica, que se camufla en una tercera persona compleja y novedosa. Parece a ratos omnisciente, pero también a veces ajena, como quien ve los hechos desde fuera, para ser en otras ocasiones como una prolongación de las voces múltiples del relato, de ahí la intromisión de la primera persona o el uso del estilo indirecto libre, que implica al narrador como testigo, o el uso de las interrogaciones. Ese tránsito brusco de la tercera a la primera persona es muy eficaz: “Miren, seria, dura, le había dado dolorosas noticias telefónicas a Joxe Mari, y estuvo tres meses sin venir a verme, aunque lo llamaba de vez en cuando y le ingresaba regularmente dinero para sus gastos de economato” (pág. 622).

Asimismo, en el más puro estilo de Aramburu, en la novela se prodigan los cambios de registro; se emplean voces coloquiales, modismos, y hay otras voces que muestran el balbuceo en el habla de ciertos personajes (son muy significativos los enunciados incompletos, los sobreentendidos, en un ámbito en el que no se puede hablar libre y claramente); sobresaliendo las reflexiones y comentarios sobre el uso de la lengua (el euskera), eje esencial de esa patria anhelada; pero también el texto emplea el tono elevado, poético –más bien escaso-, frente al lenguaje directo, romo, que se utiliza como rasgo distintivo de algunos personajes. El trabajo que el autor ha hecho con el lenguaje de la novela es portentoso (no es casual ni accesoria la inclusión al final de un glosario de palabras y modismos del euskera), con algunas marcas llamativas como el empleo del participio presente, entre otras singularidades. El juego con el uso de un español incorrecto o un euskera de andar por casa, en ese conflicto también lingüístico que devana la novela, recuerda a trechos la ironía de Baroja en alguno de sus cuentos memorables. En esa línea está el empleo en los verbos del condicional frente al subjuntivo, que caracteriza la manera de hablar de varios personajes (vascos que hablan castellano). En este caso la lengua crea (y une) identidades más

poderosas que las que crea (y separa) la ideología y el fanatismo, porque, como dijera Borges, la patria de un escritor es su lengua.

Tiene, en fin de cuentas, gracia el asomo de la esperanza que se produce al final de la novela, esperanza que mitiga el regusto amargo de la historia, la dolorida memoria de las víctimas. Ciento veinticinco capítulos para llegar en las últimas líneas de la última página a “un abrazo breve”, sin palabras, entre las dos mujeres, matriarcas de sus proles, protagonistas-“matrias”: Miren y Bittori. Final espléndido de una novela que agita nuestras entrañas y nuestras ideas con temas eternos del dolorido sentir del ser humano, y que lo hace con una peripecia radicalmente contemporánea que nos ayuda a soportar y a comprender mejor nuestro presente.

JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO
Universidad de Extremadura